

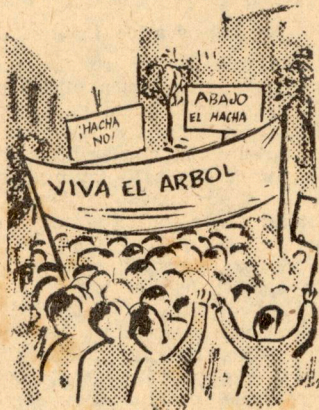
# Un Mitin por una Alameda

por Sebastián Salazar Bondy

Se pregunta seriamente el cronista si para defender los árboles limeños de la ferocidad de podadores técnicos y remodeladores urbanísticos no habrá que hacer, en último extremo, lo que aquel vecino que, revolver en mano, impidió que los ficus situados frente a su residencia fueran arrasados por las cuadrillas municipales. Porque el arboricidio está llegando a excesos francamente incalificables. Ahí está soportando el hacha despiadada la Alameda Ricardo Palma, de Miraflores, a la cual se ha destinado, sin tener en cuenta su belleza y su tradición, a lugar de parqueo automovilístico o a ruta para grandes y rocanroleras velocidades. En ese rincón arbolado del bello balneario limeño pervive aún, para disgusto de los infatuados amantes del concreto armado y la pista rectilínea, mucho de la ciudad de ayer, cuyo progreso no debe desdeñar la heredad espiritual que determina su característica personalidad. La remodelación, no se sabe por qué llamada así, pues no hay modelación posible si lo que se quiere es destruir toda forma original, se ensaña con aquel trozo añoso y delicado de lo que es más nuestro en esta Lima, la cual constituye un don que recibimos de nuestros mayores y que debemos legar a nuestros descendientes con su plena autenticidad. Habrá que defender esa autenticidad, amenazada en su esencia por gentes que habiendo olvidado la historia no pueden tener futuro, con algo más efectivo que las palabras.

Hasta la mesa del cronista llegan diariamente las protes-

tas de innumerables ciudadanos que reclaman una actitud más decidida del periodismo contra el mal municipal que afecta a la ciudad, pero está visto que quien puede mandar cortar los árboles porque le molestan a la vista, carece a tal punto de sensibilidad que poco o nada le importa que la población proteste a través de



las columnas de los diarios. Alguien ha sugerido una cosa más concreta: convocar una manifestación pública en el lugar en donde se va acometer el crimen y oponerse a él por la fuerza. Tal vez antela la presencia de la ciudadanía, el alcalde miraflorentino —que no ha sido elegido por el voto popular y que, por eso no sabe escuchar la voz de la comunidad— detenga esa furia que lo lleva a fabricar millonarios proyectos destinados a talar

árboles, en tanto otros problemas municipales más urgentes esperan, ansiosamente y en vano, una solución definitiva. En todo su derecho estarían los manifestantes al salvaguardar esa alameda, en la cual Ricardo Palma pasó sus últimos años y a cuya sombra supo de la gloria universal, donde los árboles son más decididamente peruanos y limeños que muchos de los que levantan el arma contra ellos. Las instituciones culturales de Miraflores tienen, pues, una ocasión de demostrar prácticamente su propósito de luchar por la conservación de los valores permanentes del espíritu y contra la ignorancia que entre nosotros parece ser cada vez más violenta, encabezando este mitin por los ficus.

No hay que olvidar que las razones que las autoridades edilicias aducen casi siempre para perpetrar los arboricidios son de supuesto carácter técnico. Tras este concepto —el más asendereado de nuestro tiempo y el menos comprendido— se escudan desconociendo, real o aparentemente, que la técnica está al servicio del hombre, que es un instrumento de éste para lograr su bienestar y su paz interior, y no lo contrario. No se hallará en el mundo urbanista idóneo que en beneficio del tránsito automotor autorice la eliminación de esos oasis de verdor, los paseos y jardines arbolados, las plazas y plazuelas, pues precisamente la ciencia urbanística tiende a abrir para el hombre de la ciudad el horizonte físico y, por ende moral, en torno al lugar donde transcurre la vida. Los urbanistas de la remodelación de Miraflores aspiran a todo lo opuesto a dicho objetivo: que el panorama urbano se estreche sobre el habitante, se haga monótono de color y línea, sea simplemente la exteriorización sin gracia de un servicio para los que se pasean en automóviles y raudos pasan rumbo a su placer solitario. Para tales técnicos no hay sociedad, y por ello no tienen en cuenta a la sociedad humana cuando en sus planos rayan las zonas verdes y proceden a trasladar a la realidad su proyecto, pese a quien pesare. Es llegada la hora de que mancomunadamente les diga la ciudad que no existen solos y que hay una mayoría que clama.